

CAPÍTULO UNO

Comencé a tomar pastillas anticonceptivas un mes antes de la boda. No quiere decir que no hubiéramos experimentado antes; no compraría la mercancía sin asegurarme de que funcionara de manera satisfactoria, pero fue hasta entonces que decidimos usar las píldoras durante dos años después de casarnos. A Jaime no le gustaba usar condón. “No se siente lo mismo”, decía refunfuñando.

Tras la boda y la luna de miel, estuve un mes en nuestro nuevo hogar antes de volver al trabajo, por lo que tuve tiempo de poner en orden lo que sería nuestra morada. En un inicio, el comedor estaba conformado por una mesa de madera, blanca y ovalada, y unas sillas plegables que pertenecían a mi departamento de estudiante. Había llegado a Monterrey ocho años atrás para estudiar en el Tec, pues en Chihuahua, donde viví hasta los dieciocho años, no se ofrecía la carrera que elegí para ejercer mi vocación de comunicóloga y, dicho sea de paso, para salirme de mi casa en donde me sentía sofocada; no me permitían vivir con la libertad que los adolescentes anhelan. La beca

que conseguí por buen rendimiento académico me permitió obtener mi título pero, un año antes de la graduación, me vi en la necesidad de conseguir trabajo para cumplir mi sueño de irme de mochilazo a Europa. Mis padres no me costearían un quinto. Además de que era una época difícil para ellos en cuestión económica, no me darían la plata para que me fuera al viejo continente, a la buena de Dios.

Concluido el verano, el trabajo me becó para que continuara con mis estudios de posgrado en Mercadotecnia, donde mi vida se cruzó con la de Jaime en una excursión a Matacanes, organizada por la Escuela de Graduados del Tec. El atractivo de ir a ese lugar era vivir una experiencia extrema. Un recorrido de diez horas sobre un río color turquesa, con suelo pedregoso y obstáculos de riscos, túneles y saltos de doce metros en medio de peñascos y formaciones rocosas, me resultaba muy excitante.

Y así fue.

Conseguí un marido.

Desde que formalizamos nuestra relación y fantaseamos con nuestro futuro, platicamos de los hijos que queríamos tener. Hasta consideramos los nombres, pero estábamos decididos a disfrutar de nuestro idilio durante dos años, antes de comenzar a cambiar pañales.

¿Y cómo no pensarlo si desde pequeñas a eso juegan las niñas? Las muñecas son los regalos que reciben de cumpleaños o en Navidad. En una ocasión, una amiga tenía como novedad una

muñeca que hacía pipí; había que sentarla en su bacinica cuando lloraba, limpiarla y colocarle un nuevo pañal.

Yo le tenía mis reservas a esa mona, aunque viera que mi amiga la rellenaba con agua, la imaginación infantil nos hacía creer que en realidad se orinaba. ¿Qué afán de tener una muñeca así? No me parecía atractivo ocuparme de esos menesteres a tan temprana edad.

En cambio, ser mamá de animales me resultaba encantador. Fui una consagrada madre de diversas mascotas (si no tomamos en cuenta los dos conejos que fallecieron a causa de la secadora, tras un buen baño caliente con Head&Shoulders). “Tu casa parece un zoológico”, decían mis amigas.

En el recibidor retozaba *Sabrina*; una gata cuyos largos pelambres blancos y ojos azul cobalto le daban la finta de ser una micifuza de angora, pero al llevarla con el veterinario nos enteramos de que no era de angora ni micifuza: tenía testículos. Aun así, continuó siendo *Sabrina*; total, el nombre de travesti ya lo tenía.

En el patio, ladraba *Neumann*, un gran danés más negro que la noche, con un diamante blanco moteado en el pecho. “Parece caballo”, decían los vecinos.

En mi habitación tenía varios *roommates*: *Jack*, un goldfish anaranjado; *Vainilla* y *Chocolate*, dos hámsteres que no hacían otra cosa que dar vueltas en la rueda, más rápido de lo que mis neuronas giraban en mi cerebro. *Pepe Perico*, un loro postrodo en una dorada jaula que hacía las veces de

mi despertador por las mañanas y *Anastasia*, una tortuga que vivía en un minúsculo oasis de plástico azul con piedras verdes.

Junto a la mesa del comedor vivían *Melquiades* y *Lola*: un conejo color *muffin* de chocolate y una inquieta codorniz. No cabía duda, era yo una buena madre para educar y alimentar a tantos hijos.

–Esta casa huele a granja. No podemos estar todos aquí. Decide: los animales o yo –sentenció mi mamá con su enfático y autoritario tono alemán.

–Los animales –contesté sin titubear, lanzándole una mirada de por qué me preguntas lo que es obvio.

También jugaba con la Barbie, con su esposo Ken y sus hijos, en una casa en donde reinaba la felicidad. Ese era el *chip* que a todas las niñas nos implantaban. Al crecer, debíamos ser nosotras esas lindas mamás y bellas esposas, con un guapo marido y retoños perfectos. ¿Qué tan difícil podría ser lograrlo? Era lo más básico que una mujer podía ambicionar.

Cuando concluyeron los dos años de matrimonio llegó el momento de dejar los anticonceptivos para iniciar la tercera etapa de la vida: reproducirnos. Era ese el motivo por el que todo ser humano viene a la tierra, según los libros de ciencias naturales, la iglesia y la sociedad.

Pasaron tres meses y nada. Seis, ocho, diez meses. Fui al ginecólogo, y al realizarme un ultrasonido sus palabras fueron: Todo se ve perfecto; como libro de texto. Con seguridad pronto germinaría la semilla. Había oído y leído que no es tan fácil

embarazarse durante el primer año, y que hasta después de ese tiempo es cuando los doctores comienzan a hacer estudios para revisar si algo anda mal. Pero nada de qué preocuparse, era el tiempo normal, así es que lo más probable era que en un par de meses estaría haciéndome la prueba casera y gritando con júbilo: "¡Jaime! ¡Jaime! ¡Estamos embarazados!".

No sucedió así.